

RADICALMENTE

*“El querer conciliar la fe con el espíritu moderno
conduce a mucho más allá de lo que se piensa:
no sólo al debilitamiento, sino a la pérdida total de la fe”.*
S.S. San Pío X



Hace falta una cruzada de verticalidades

8 DE DICIEMBRE, 2016 - I.24

TODOS SUBLIME E IGUALMENTE DIFERENTES

(LA CONDICIÓN HUMANA)

***“Todos los hombres nacen iguales,
pero es la última vez que lo son”.***
Abraham Lincoln

Iguales en dignidad de hijos de Dios. En todo lo demás radicalmente diferentes... ¡Y es hermoso! ¿Un cuerpo todo ojo, todo cabeza, o todo ombligo? De la familia doméstica a la gran hermandad universal, todos graciosamente diferentes. ¡Y es estupendo! ¿El hígado superior al corazón, o el brazo despreciando a la pierna? Todos bellamente interdependientes. ¿Todos médicos, todos abogados, todos carpinteros, todos mujeres, o todos niños, o todos viejos? ¿Todos atletas? Si todos brigadieres, ¿quién empuña el fusil? Aquel sabio profesor -la historia es verdadera -contesta al ingenuo admirador que le expresa que de volver a nacer se haría matemático: *“Si yo volviese a nacer me haría Mickey Mantle”*. Ninguno de los dos intercambiables.

15 de mayo de 1891. "Establézcase, por tanto, en primer lugar, que debe ser respetada la condición humana, que no se puede igualar en la sociedad civil lo alto con lo bajo. Los socialistas lo pretenden, es verdad, pero todo es vana tentativa contra la naturaleza de las cosas. Y hay por naturaleza entre los hombres muchas y grandes diferencias; no son iguales los talentos de todos, no la habilidad, ni la salud, ni lo son las fuerzas; y de la inevitable diferencia de estas cosas brota espontáneamente la diferencia de fortuna. Todo esto en correlación perfecta con los usos y necesidades tanto de los particulares cuanto de la comunidad, pues que la vida en común precisa de aptitudes varias, de oficios diversos, al desempeño de los cuales se sienten impelidos los hombres, más que nada, por la diferente posición social de cada uno".

Criminal el inculcar en el sufrido pueblo repleto de esperanzas, cuajado en sueños, que la igualdad de oportunidades signifique que todos debemos y podemos, que es un derecho -al que agregan un sonoro *inalienable*- alcanzar el campus universitario; en incremento entonan, en cántico triunfal, igratuitamente!..., gratuidad desde el ya trabajoso y a la vez simpático aprendizaje de un alfabeto, ad infinitum. Lo que natura no da, Salamanca no concede, decían los antiguos, los de las barbas cargadas de caminos. ¡Salamanca y la economía se soliviantan! Y duele, y es irreal, y no se puede. Duelen engaños y falacias. Y duele aún más que le afirmen, al infeliz, que el imposible se hace posible robándole al más rico sus dineros, porque entonces robar ya no es robar, es... *justicia social*. Te engaño, y además te degenero.

Secreto a voces: el que se tenga un título lo único que indica es que se tiene. Y ahí termina toda historia, sin añadidos.

José y su hijo, narran, eran artesanos; y buenos, porque -agrega el cuento-, que al menos el segundo *lo hizo todo bien*. Se puede ser un carpintero y revolucionar la humanidad, tajarla en dos. Nada erróneo, nada de malo en ello. Alguien, un día, me preguntó: ¿quién es más grande, el dirigente supremo de una empresa, o el que barre el suelo? Y sin esperar que yo dijese nada me indicó: el que pone más amor en lo que hace. Desde el alumbramiento de los tiempos llegaron gladiadores, costureras, emperadores, herreros, roturadores; arribaron soldados, marineros, médicos -antes los brujos- que los curaran a todos ellos, maestros que los enseñaran, filósofos y sabios con mucho ocio para poder pensar; y luego

vinieron curas que los perdonaran si no se comportaban, si en vez de producir diez o cinco, enterraban talentos. Unos artistas y otros toreros. Y vio Dios, día tras día, que era bueno, hasta completar la obra de sus manos, el Dios obrero.

Nada tremebundo en el que tú seas diferente. Es soberbiamente hermoso. Habrá siempre mejores y peores, más altos y más bajos, más pobres y más ricos que tú y que yo; morenos, rubios, erectos, jorobados. Lo extraordinario, lo inmenso, es que seas único e insustituible. No único en tu aldea; lo eres en la entera historia de la humanidad: las juguetonas vueltecitas de unas pocas líneas en las yemas de tus dedos conforman una identidad que nunca será ya repetida; tus poquitas cuerdas vocales ajustan el peculiar sonido de tu voz marcando la exclusividad eternal de tu persona: ininguno como tú jamás! ¿Has llegado a imaginarlo? ¿Has dado gracias, tu todo entero, a Dios por ello?: ¡Te quiso a ti!, ¡Como tú eres! ¡No fue *casualidad!* Brotado con cariño de sus manos. Te aconsejaría hacer tuyo el único y más noble de todos los complejos: aquél de no tener complejos. ¡Engallado el cuerpo! -diría mi amigo-: ¡hijo de Dios!, con un hermano pobre y uno rico, uno minusválido y otro atleta olímpico: sus miserias son tuyas, tuyas sus glorias: las abrazas fuerte, besas llaga y fortunas porque, también, si quieres, las haces tuyas. No lo envidias ni desprecias porque nada es suyo. Se lo han prestado. No existen ni las clases ni sus luchas: todo inventado para desintegrarte. Tú puedes compartir con la hermana ardilla, el negro hermano, el tigre, la monja, y el soldado; abrázalos, agárralos, y mira arriba, a la cumbre, que la cima es suya y tuya; arrastra contigo al hermano prójimo, todos quijotes en la conquista del sepulcro donde hubo, por dos noches, un crucificado.

¡Se libre!, por afuera y por dentro. Vuela. Las alas tensas. Se fino y se fuerte. Se paloma y se toro. Se niño. No puedes ser más rico ni más docto que aquel otro; pero tan justo o más que él, sí puedes; más robusto, de roca, de cristal y, si me atreviera, si te atrevieras, diría que más santo.

Dios te quiere feliz, y para serlo te ha equipado: posees ¡ya! lo que necesitas para serlo. La dicha no consiste en subir escalones ajenos; sube los tuyos: ¡son tus peldaños!, hechos exacta y cariñosamente a la medida de tus pies. ¡Ser tú! ¡Tú mismo! No ser ninguno más; que

te quieren ahí, donde te han puesto, ahí es que encajas: ¡qué bello eres cuando tú eres tú, tú mismo!... y por ti te vales, con tus propios medios.

Y ustedes, y nosotros, los que tomamos el empeño de luchar por la desigualdad que es trono y no peana, los que nos decidimos a luchar contra la maldad y el envilecimiento, tomemos al toro por los cuernos. Si vamos a educar, o aun si vamos simplemente a instruir, cortemos por lo sano, vayamos a la raíz, no engañemos. Hay que decirlo, hay que decírselo, es lo único que habría que enseñar, la única cartilla: que sea, él, él mismo; que el ser yo, yo mismo, a pulmón lleno, es lo que importa: producir diez talentos más, otros diez, si diez talentos es lo que me han dado, talentos míos; cinco si cinco; lo que no se puede es enterrar, lo que no es semilla, en lo hondo de un hueco. Dile a los otros, a los farsantes, a los sembradores del odio, que son lo que son ellos: unos farsantes; que son unas serpientes, que son vileza; y que los odio, como Dios al pecado.

Gritarlo: que no podemos ser como unos dioses aspirando al Olimpo, quebrando el viento, estirando las aguas, jugando al imposible. Que no es lo que yo hago, es el amor con que me empino, el amor que reparto, es el darme lo que me hace digno, lo que equipara emperador y obrero.

Si me atreviera... ¡si te atrevieras!... ¿Lo digo?... ¡héroe! ¿Lo digo?... ¡santo!... si hay agallas.

Jorge J. Arrastia.

Nota: Expreso, obviamente, mi criterio muy personal acerca de los acontecimientos y personas sobre las que escribo.

Jorge.